

Medio siglo del final del maquis en España



Los "Caxigales". | Libro "Los luchadores del ocaso"

Se cumplen 55 años del asesinato del guerrillero José Castro, el final del maquis en España. En las Cuencas la guerrilla antifranquista fue muy activa, pero terminó antes. Se estima que a mediados de los años cincuenta. El reportaje que sigue es una recreación ficticia sobre uno de los golpes más duros que recibió el movimiento en los valles mineros: la gran emboscada de Santo Emiliano. Ocurrió en enero de 1948, orquestada por agentes de las fuerzas de seguridad infiltrados, y se saldó con al menos cuatro guerrilleros

muertos. Los hechos sobre los que se basa este relato, por tanto, son reales. Todos los guerrilleros nombrados, salvo el protagonista –Bracu–, existieron. El Ruso aparece con este apodo para preservar el real. En el texto no se nombra el movimiento como "maquis", ya que en Asturias se conoció como "la partida" –"la contrapartida" eran los infiltrados– o los "fugaos". Han colaborado los historiadores Ernesto Burgos y David González Palomares, junto a la arqueóloga Esperanza Martín.

Mieres del Camino,
C. M. BASTEIRO

Mi madre siempre me dormía en la cocina. Era el único recoveco de aquella cabaña de La Rebalda que guardaba algo de calor: "Toñín, siempre hay una razón para seguir vivos", me susurraba antes de que cerrara los ojos. Como si ya supiera lo que se nos venía encima.

Ya no soy Toñín, ahora soy el "Bracu". Uno de la partida. "Un fugaú", como nos llaman. Vivo en un refugio, un hueco debajo de una majada allerana en El Rasón. El mote me viene de la fuerza aunque, lo reconozco, flaqueo por las noches. Las cartas que le escribo a Tensi, la única moza con la que bailé de buena gana en las verbenas, dieron sentido a lo que tanto dijo mi madre. Son esa razón para seguir vivo.

"Tensi, te escribo sentado debajo de uno de los tapines que levantamos en el refugio. Me sigo ahogando, como si aquí no hubiera aire bastante para el Canario, para el Ruso y para mí..."

El Canario es un camarada. "Un paisano", que diría mi madre. Canta siempre que puede, y no se le da mal. Si te dice que sí, es que sí. No cree en las medias tintas. A veces pienso que es el único que de verdad ve heroicidad en la partida. Yo, lo reconozco, soy un "fugaú" porque no puedo volver a casa. Vivo en el monte para que no me asesinen los fascistas. Pienso más en mi madre que en Franco.

El Ruso es otra historia. Más callado, decidido. Al principio, nos dijeron los de arriba que no nos fiáramos de él. Insinuaron que podía ser un divisionario infiltrado, uno más de la contrapartida. "Imposible", fue lo único que respondí yo. Siempre dispuesto, siempre organizando. Acaba de entrar en el refugio y su voz ya resuena en los taludes: "Acuérdate que hay que preparar lo de la noche", me dice.

"... esta noche va a pasar lo que te conté la última vez que nos vimos. Ya sabes que no me gustan los secretos, me dejan pesar en el es-

La traición de Santo Emiliano

Relato novelado de uno de los golpes más duros a los "fugaos" en Asturias: una gran emboscada en el alto que prepararon franquistas infiltrados

tómago. Iremos el Canario, el Ruso, Quintana y otros tantos. De la zona del Nalón, sé que estarán Los Caxigales y Bóger. Queremos recorrer el monte en grupos pequeños".

Reviso el texto, no quiero dar más datos de la cuenta en el correo. No le explico de puño y letra que lo de esta noche es ir a esperar un camión de armamento en el alto de Santo Emiliano. Algo le

había dicho ya a Tensi la última vez que la vi. Hace ya unas semanas, en casa del enlace...

Es la casa de Piluca la de Boo. Una mujer menuda que era amiga de la familia. Cuelga una sábana blanca para que yo sepa que no hay peligro. Me abraza al llegar, como lo hacía mi madre, me recibe con unos ojos tristes que lo dicen todo. Me da leche, patatas. A veces, chorizo: "Déjalo Piluca, que sé lo que os cuesta...". Pero ella insiste.

"Cuando esto termine, voy a ir a trabajar a la mina. Ya sabes que no me gusta estar encerrau, pero aquí no hay otra cosa. El primer libramiento será enteru para ayudar a Piluca. Ya sabes lo que le debemos, lo poco que tenemos ahora. Todo lo demás, trabajaré siempre a destajo, será para una vida contigo..."

Vuelve a abrirse el refugio. Entrar no es fácil, hay que levantar dos piedras pesadas y esconderse debajo de la majada. El Ruso da órdenes para llegar sin sustos a Santo Emiliano. Tenemos que evitar el monte Curriel. Ahí, cerca de Villamanín,

hay un puesto de vigilancia de los fascistas. Al último que agarraron, lo bajaron atado a los pies de un caballo hasta Boo. Lo colgaron en la plaza del pueblo una semana entera. Matan a uno para amedrentarnos a todos. A los fugaos y a los enlaces. A todos.

Los camaradas piensan que yo, el Bracu, no tengo miedo. Sí lo tengo, pero no a morir. Tengo miedo de no ver más a Tensi. Miro el mapa, unas seis horas de caminata para estar en el alto a la hora prevista: las dos y media de la mañana. Al Canario no le hace falta plano ni brújula, tiene memoria para acordarse de todos los caminos, de los regueros y de las fuentes. El Ruso está más callado que de costumbre, parece tenso.

"Nada, no me pasa nada", responde cada vez que le pregunto. La caminata es dura, decidimos descansar un poco cerca de Villapendi de Turón. Son las diez de la noche, nos quedan otras tres horas de recorrido. Seguimos con mas fuerza y en silencio.

Un silencio que no termina cuando llegamos al punto de encuentro. Somos más de los que esperaba. Nos sentamos juntos, el Canario y yo. El Ruso da unas vueltas por la zona, asegurándose de que estamos solos: "Si nos agarran ahora, estamos muertos", dice entre dientes. A lo lejos, se escucha ya el camión llegando. El Canario y yo nos levantamos, somos unos quince esperando por la munición. El Ruso se adelanta y hace un gesto con la mano, como pidiendo calma.

Cuando llega el camión, se bajan unos hombres armados. Sigue el silencio, ahora suena a desconcierto. Lo rompe el Canario: "Esto ye una trampa, Bracu. Corre", me grita. Pero yo, el Bracu, pierdo la fuerza. Me paralizó, escucho tiros. Cuando reacciono, hay un Mauser alemán apuntándome al pecho. Lo empuña el Ruso: "Mierda de rojo", me susurra. Y es lo último que escucho, antes del tiro que me va a matar. Cierro los ojos y recuerdo a mi madre dándome calor en aquella cocina de leña. A Tensi, sonriendo en nuestra primera vuelta de un paso doble. Imagino las últimas letras que le hubiera escrito.

"Una vida con toda la felicidad que ahora no puedo darte. Espera un poco más, pronto estaré contigo".



alfonso zapico